



Día uno

Querido amigo del pasado:

Antes que nada, déjame decirte que si crees que en una nave espacial, diseñada específicamente para el Gran Encuentro Interplanetario del Milenio, las cosas son muy civilizadas y muy decentes y muy como de película, estás en un grave error.

Para empezar, debes saber que Paul, el chavo francés, no tiene ningún sentido del honor porque no respetó el código masculino del "yo la vi primero", que aplica en éste y en todos los universos existentes, en este tiempo y en los que siguen. Por supuesto, me refiero a Flor, la preciosidad brasileña que YO vi primero y a la que Paul no ha dejado

de molestar desde que despertamos del sueño de animación suspendida.

También es bueno que sepas que si esta nave termina hecha chicharrón de cerdo, va a ser por culpa de Sabine, la niña congoleza, porque se la pasa diciendo que nos va a chupar la bruja. Claro que lo dice en inglés, como todo lo que hablamos aquí, porque es el único modo de comunicarnos entre nosotros.

Por eso decidí escribir este diario en español, porque así nadie se entera de nada y me evito a los indeseables metiches.

Igual te cuento que Matt, el niño australiano, está loco de remate. Para empezar, usa anteojos, y nadie usa anteojos desde que se inventaron las láminas retinales. Además, siempre está con mucha pila, como si fuera un muñequito de veinte voltios al que le hubieran metido doscientos, para que me entiendas.

En cambio, Ayumi, la niña japonesa, sólo nos mira y sacude la cabeza. Nada más abre la boca para tratarnos como si fuéramos unos escuincles babosos. Claro que a lo mejor sí

somos unos escuincles babosos, pero debería de pensar que ella tiene la misma edad que nosotros, así que debería de bajarle una rayita, digo yo.

Luego está Flor, que es de Brasil y es perfecta. Lo único malo es que tiene a un güero pecoso que la sigue a todos lados como una especie de guardaespaldas enano.

Y, finalmente, está Andrei, nuestro tutor, el único adulto de esta sección de la nave, y de quien ya te hablaré más adelante.



Con esto tuve para decidirme por este libro.

Sí se me hizo raro que estuviera escrito a máquina de escribir, pero parecía como si lo hubiera escrito alguno de mi escuela, así que lo tomé de inmediato.

Todo empezó porque mi mamá me llevó a una librería de viejo, o sea, donde sólo venden libros viejos, para que escogiera uno. ¿Por qué? Bueno, a veces a mi mamá le da por hacer ese tipo de cosas.

Durante el trayecto, me contó que leyó una novela en la que un señor llevaba a su hijo a una librería para que escogiera un libro porque, según esto, a veces es el libro es el que te escoge a ti y no al revés. Así me lo dijo. Literal. Y por lo visto le interesó mucho que yo también tuviera un libro dizque muy mío y dizque muy personal. Le hice caso sólo porque ayer mi papá se fue de viaje otra vez y ella se despertó bastante triste, así que no quise contradecirla.

Son vacaciones de invierno y, como no vamos a salir a ningún lado, me llevó a la librería porque no piensa permitir que me la pase jugando videojuegos o haciendo dominadas con el balón.

El libro me llamó la atención porque, antes de que yo lo tomara, un chavo de cabello castaño chino, como de mi edad y mi estatura, estaba revisándolo y se estaba riendo. Por eso, en el momento en el que lo devolvió al estante, lo tomé yo. Así que no es cierto que el libro me escogiera a mí, sino que yo llegué a él por culpa de otro. Pero tampoco se trata de poncharle el globo a mi mamá, así que eso no se lo conté.

Fuimos a la caja a pagar en cuanto se lo puse en las manos y así quedamos todos contentos.

Lo raro fue que el hombre de la librería no encontró el libro en el catálogo de su computadora, así que se inventó un precio al vuelo. Hasta eso, no salió tan caro.

Por suerte, a mi mamá no le pareció mala idea que yo leyera un libro que no salió de una imprenta, sino de una máquina de escribir, y que tuviera una portada así de padre, con un chavo vestido de astronauta metido en una antena parabólica y mirando una ciudad como de película. ¡Guau!



Así que, ¿qué te puede sorprender de una nave como ésta en la que todo es un tremendo relajo? Pero no es culpa nuestra, amigo del pasado, eso sí que conste. Ninguno de los que viajamos en el Pegasus pidió formar parte de esta misión.

Un día nos buscaron de la AEG (la Agencia Espacial Global, o sea, la que terminó por sustituir a la NASA hace algunos años) y nos invitaron a participar en el Encuentro. ¿Por qué nosotros? Sepa. Pero sí te puedo decir

que todos aceptamos de inmediato. La mayoría (excepto Ayumi, claro) lo hizo porque era como irse de vacaciones, ¿y quién le dice que no a un viaje todo pagado a las estrellas?

Por lo pronto, eso te cuento.

Ahora voy a jugar con mi módulo RV y a descansar del sueñito de nueve meses que nos tuvimos que echar para llegar a este punto del Universo, pero antes déjame pedirte algo: si te interesa seguir mi diario, lee un día de mi viaje cada día. Así estaremos sincronizados y la emoción será más grande. ¿Te late?

Ah, por cierto, yo soy Enrique. Quique para los cuates. Y sí, adivinaste, soy mexicano.



Le mostré a mi mamá lo que decía el tal Quique. Porque el libro (ya lo verifiqué) consta de diez días. Eso significa que, si sigo las instrucciones, lo terminaré justo en Navidad.

Se lo enseñé a mi mamá porque entonces va a haber muchos ratos en los que no me vea leyendo y va a creer que el libro ya me aburrió, pero no. Lo que pasa es que soy muy obediente, (ja, sobre todo para estas cosas).

Bueno, también es cierto que la lectura no es precisamente lo mío. Lo mío, lo mío son los deportes. O bueno, más bien el fut. Y también es por eso que no he pasado ningún examen de mate desde que empezó el curso, porque me la he pasado haciendo dominadas en el patio de la unidad donde vivimos, o jugando Gol-para, o chutando con mis amigos. O jugando FIFA, claro. Todo en vez de estudiar.

No es que no me guste la escuela, pero si ya sé que de grande voy a ser centro delantero de un equipo español o inglés, no veo para qué tengo que aprender tantas cosas. El otro día me pregunté qué pasaría si Messi no supiera multiplicar quebrados y llegué a la conclusión de que no sucedería nada. Cuando Messi mete un gol, a nadie le importa si no sabe sumar dos más dos, o si se equivoca al recitar el abecedario, o si cree que la capital de Estados Unidos es París.

Aquellos que me conocen dicen que me parezco más a mi papá que a mi mamá. Él es más de trabajar con las manos que con la cabeza. Es técnico reparador de equipos de audio. Según yo, no tiene idea de cuál es la capital ya no digamos de Estados Unidos, sino de Chihuahua o de Morelos.

Lástima que su avión salió tan de madrugada porque ni siquiera se despidió de mí. Pero no importa. Cuando vuelva, le voy a mostrar que ya puedo dominar la pelota también con la cabeza.

¡Y arriba el Barza!